

ORGANIZANDO LA DEMOCRACIA

Por Lawrence Goodwyn

La democracia es algo que la mayoría de la gente cree poder experimentar a boca de jarro. Sin embargo, a lo largo de generaciones hemos construido formas muy abstractas de hablar y de pensar acerca de la experiencia política, y esas abstracciones actualmente encubren gran parte de la realidad sobre la cual creemos que estamos hablando y pensando. Las abstracciones a las que me refiero tienen un intenso valor emocional para todos en cualquier latitud. Se trata principalmente de abstracciones "capitalistas" o "marxistas", y la gente cree profundamente que unas u otras describen modos de conducta que son esenciales para lograr un orden social razonable. El "mercado libre" y el "libre mercado de las ideas" son tan legitimantes para muchos millones de personas como lo son la "sociedad libre de los productores asociados" y las "relaciones sociales igualitarias" para otros tantos. Lo más importante de todo es que, cuando cometemos errores políticos -como solemos hacer- nuestras abstracciones nos consuelan recordándonos que, pese a temporarios retrocesos, estamos aún en el camino hacia una sociedad buena. El lenguaje político moderno es una parte esencial de la estructura de la moral moderna. Por consiguiente dependemos inflexiblemente de imágenes mentales que nos limitan, de lo cual deriva que, si bien hablamos acerca de la democracia todo el tiempo, realmente no sabemos mucho sobre ella.

Debido a que sabemos tan poco sobre la democracia en nuestra propia época, tampoco nos resulta claro cómo hacer para localizarla en el pasado. Así nos privamos de ejemplos históricos donde estén presentes impulsos humanos orientados a lo que buscamos. Como la herencia democrática aparece de esta forma tan mal comprendida, cada nueva generación de incipientes demócratas se encuentra en el comienzo de su viaje social; por así decirlo, en la primera cuadra. Nuestras formas sistemáticas y complejas de malinterpretar nuestro pasado nos han llevado directamente a la crisis moderna de inmovilidad política. Estamos entrampados, no tanto por nuestros fracasos del pasado, como por nuestra necesidad de justificar esos fracasos y por la subyacente necesidad de crear modos de análisis que legitimen nuestras justificaciones.

Resulta esencial reflexionar sobre las maneras en que los norteamericanos se han enseñado a sí mismos a pensar en las realidades políticas y sociales, en la idea de Democracia. El empleo de mayúscula refleja la intuición de que la democracia puede ser pensada y descrita más fácilmente cuando es considerada de un vistazo, o sea no de cerca, sino desde la distancia. La consecuencia de este distanciamiento conceptual es la producción de un lenguaje político desencarnado en el cual la gente real simplemente desaparece de la vista.

Sin entrar en el tema con mayor detalle -habiéndose dedicado a ello otros- vale la pena señalar que los supuestos que tenemos sobre estas cuestiones se fundan en nuestra aceptación, en la actualidad en buena medida inconsciente, de la idea del progreso. Esta es la máquina emocional que impulsa las corrientes ideológicas del capitalismo y del marxismo modernos. En realidad, la idea de progreso está actualmente tan arraigada en nuestra perspectiva que subestimamos cuán abstracta es realmente; siendo tanto nuestro compromiso psicológico e ideológico respecto de ella ignoramos obstinadamente las pruebas acumuladas en su contra. Damos por sentado que nuestro sistema político se ha desarrollado más allá de la experiencia previa norteamericana y creemos que no tenemos nada que aprender mediante una reflexión sobre el pasado.

Dada la evidencia histórica que los seres humanos han acumulado, con un gran costo, en el siglo diecinueve, hoy parece posible ofrecer una contra-premisa directa de la idea de progreso: las sociedades basadas en una producción en grandes unidades tienen una tendencia histórica verificable a volverse más jerárquicas con el paso del tiempo. Las pruebas son tan contundentes que en el presente esto podría ser tomado como una ley.

Desgraciadamente, las evasiones psicológicas enclavadas en el pensamiento capitalista y en el marxista han hecho difícil que la gente imagine qué hacer respecto de su confinamiento en las jerarquías prevaletentes en el siglo XX. Modalidades complejas de pobreza mental contribuyen decisivamente a esta impotencia. Consideremos la economía nacional, por ejemplo. Como la toma de decisiones económicas en las sociedades industriales se da en un contexto presunto de eficiencia en lugar de hacerlo en uno de igualdad, tenemos, hablando en términos relativos, un orden económico eficiente que, según los estándares democráticos, funciona muy mal. Si bien nuestros economistas analizan formas para que funcione con mayor eficiencia, los criterios democráticos no son considerados pertinentes en la discusión. Cualesquiera sean los méritos del actual debate entre Milton Friedman y sus críticos liberales, el punto esencial es que ambos aceptan las relaciones de producción autoritarias, una desocupación sustancial permanente y una fuerte desigualdad permanente como componentes inevitables del sistema social norteamericano. Es decir que están compartiendo algo muy moderno: una elaborada capacidad para hacer que la ciencia se resigne frente a hechos históricos desagradables.

Los marxistas ven este elemento ideológico en la economía burguesa o liberal, pero son incapaces de explicar la orientación que adquieren históricamente sus propias organizaciones económicas. Esa historia puede ser

reseñada muy brevemente: todo el poder a los soviets de obreros y campesinos se convierte en todo el poder al partido, lo cual se convierte en todo el poder al comité central. Los Gulags necesariamente se expandieron, a medida que se redujo el círculo de la posibilidad democrática. La ley de la jerarquía organizacional puede ser considerada universal, ya que abarca sin esfuerzo ideologías rivales.

Es algo axiomático que los seres humanos no pueden crear una sociedad que no pueden imaginar. ¿Nos hemos imaginado la democracia? ¿Nos la hemos imaginado "adecuadamente", para decirlo en términos amplios? ¿Nos hemos imaginado cómo alcanzarla? Yo diría que mucho menos de lo que pensamos. Es evidente, por ejemplo, que la hemos conceptualizado como un lugar "donde todos los hombres son tratados como iguales". Hemos contrapuesto y escrito con mayúsculas Libertad e Igualdad, conjurando una meritocracia en el esfuerzo para superar las zonas ásperas de la conjunción. Como se dice a menudo, Adam Smith y sus contemporáneos y discípulos, soportando la carga de anular los límites culturales del privilegio feudal, exaltaron las cualidades liberadoras de la mano invisible del mercado. Cuando, bastante rápidamente, esa mano no sólo se volvió visible, sino que fue vista como algo que promovía privilegios y formas de explotación generadoras de nuevas formas de restricciones inimaginadas bajo el feudalismo, surgió otra visión, la de una democracia de masas (del proletariado explotado). Al descubrir las masas industriales gestadas en el proceso, analizamos las relaciones sociales de producción e imaginamos inmediatamente una sociedad gobernada por los "productores asociados".

Ofrecidas como proposiciones intelectuales, formuladas en argumentaciones racionales y descansando su apelación moral en una interpretación particular de la idea de democracia, tanto el marxismo como el liberalismo se han basado en descripciones abstractas de las sociedades humanas, las cuales han tenido el efecto de encubrir un hecho político central, a saber, que el papel por ser desempeñado en el nuevo orden de cosas por la forma de gobierno democrática -por la masa de ciudadanos- iba a ser mínima. Aunque hemos producido muchas maneras de ocultar esto, la trayectoria histórica de los regímenes capitalista y socialista a lo largo de los dos últimos siglos han vuelto transparente esta circunstancia a cualquiera que se tome el cuidado de observarla. Se ha permitido e inclusive se ha alentado la participación de grandes contingentes en los momentos de irrupción histórica de la democracia, pero posteriormente han sido excluidos de la tarea de conformar sus propias relaciones sociales en la nueva sociedad "democrática" que surgió.

Consideremos el caso capitalista. Si bien los economistas clásicos y sus hombres de vanguardia lockeanos buscaron apresurar la superación de las formas feudales haciendo valer la argumentación racional, en verdad los funcionarios del nuevo orden capitalista adquirieron poder movilizándolo para la protesta social y el combate armado. Ellos decidieron el asunto mediante las armas. Empero, en Norteamérica precisamente ese sujeto "ellos" se vio oscurecido por capas de bibliografía histórica mistificadora que volvió borrosa la identidad de los actores históricos específicos comprometidos en traer "libertad y democracia" a las colonias revolucionarias. La consecuencia de ello, doscientos años después del hecho, es que estamos completamente confundidos acerca de quiénes hicieron nuestra revolución, acerca de las ideas que defendían y acerca de quiénes y de cuáles ideas fueron derrotadas en esa lucha. Determinar las vinculaciones visibles requerirá cierto grado de desmistificación. Se trata de una tarea esencial, que se enlaza directamente con las circunstancias actuales.

En primer lugar es necesario observar que a los norteamericanos se les ha enseñado a comprender su propio momento fundante como un suceso abstracto. Una entidad abstracta, llamada "pueblo", hizo la revolución en conjunto con una segunda entidad, a saber, los "Padres Fundadores". No estamos refiriéndonos aquí a sutilezas de la investigación académica, sino a la memoria cultural, a lo que "sabemos" de la Revolución Norteamericana debido a que nos fue enseñado en la escuela primaria.

Los padres fundadores, pues, actúan como memoria. Incluyen los buenos demócratas radicales -Thomas Paine, Patrick Henry, Samuel Adams y Thomas Jefferson- así como los buenos demócratas conservadores -Alexander Hamilton, James Madison, Benjamín Franklin y George Washington. Colectivamente el "pueblo" y los "padres fundadores" gestaron los sucesos de la revolución: la Declaración, la Constitución, los documentos federalistas (*The Federalist*) y el momento épico de victoria en Yorktown, poco después de un invierno de descontento. Esas imágenes mezcladas constituyen la memoria adulta, aunque existen relatos escolares adicionales, ahora olvidados en su mayor parte, relatos para los jóvenes sobre Nathan Hale, Paul Revere, Benedict Arnold y Valley Forge. Considerado en su conjunto este remolino de gente y de acontecimientos se convierte en un borrón romántico, indistinto, que de algún modo se adhiere contingentemente a la idea de democracia.

Al perseguir una evaluación de la democracia en el mundo moderno, será necesario volver brevemente a este momento fundante y a este mito social norteamericano, el central, pero por el momento basta con señalar que, como una "verdad" cultural, hemos sido instruidos para recordar que los revolucionarios norteamericanos lograron una unanimidad relativa entre sí y a partir de ello construyeron la "democracia norteamericana". (Los "Tories", por supuesto, se excluyeron a sí mismos del círculo favorecido.) En cuanto a quiénes hicieron la revolución, el veredicto es que todos la hicieron. Lo que se requiere destacar es que a través de esta modalidad de descripción política y a través de crear una memoria así del momento originario de la nación, los dilemas tácticos y teóricos de cómo lograr la democracia nunca se convierten realmente en el punto central del debate en

el cauce de la cultura norteamericana. Después de todo, resulta innecesario explorar en busca de respuestas a problemas que ya han sido solucionados. Por lo tanto la forma de lograr la democracia no es algo que los norteamericanos modernos se planteen; más bien, busquemos mejorar la democracia que ya tenemos.

Más adelante volveremos a la mística de la revolución democrático-burguesa, pero ahora examinaremos brevemente la "otra" revolución democrática, la socialista. Al respecto el punto relevante es que, según lo creo, Marx cubrió la laguna táctica de cómo construir una sociedad democrática mucho menos plenamente de lo que creen sus admiradores y detractores contemporáneos. En verdad, la falta de preocupación teórica de Marx con respecto al proceso humano específico de la transformación social democrática puede ser considerado un producto de su creencia en la inevitabilidad histórica de todo ello. La revolución de los "productores asociados" llegaría como un "estallido" que aniquilaría el antiguo orden. La frase evocadora, pero tácticamente opaca, fue: "Los expropiadores serán expropiados".

Empero, los bastiones del capitalismo, guardados por fuerzas policiales y ejércitos cada vez mejor preparados, no sucumbieron. Los discípulos de Marx aprendieron en París durante la década de 1870 y en otros lugares a lo largo de las dos generaciones siguientes los límites prácticos de la exhortación ideológica. Quedó para Lenin proporcionar la respuesta práctica que llegó a dominar el mundo socialista hasta nuestros días, o sea la de un partido de vanguardia férreamente organizado y compuesto por profesionales esforzados, capacitados para realizar la revolución en cualquier momento. Los actores humanos, al menos en perspectiva y lamentablemente, son bastante pocos y altamente escogidos. Siendo como fuese, los marxistas -como sus predecesores capitalistas- llegaron al poder y declararon que el resultado se fundaba en la "real" voluntad del pueblo. Toda la construcción posterior podía ahora derivarse de una base social teóricamente válida ya ubicada.

El supuesto de que las condiciones democráticas fundamentales han sido alcanzadas es por consiguiente una característica tanto del marxismo-leninismo como del liberalismo burgués. Por ello, ni hay necesidad de preguntarse cómo crear sociedades democráticas, basta introducir mejoras o refinamientos en el marco de estos logros democráticos heredados.

Ahí es donde estamos. Nos hemos comprometido con una especulación en torno de la democracia, pero hemos dejado de lado, como objeto del análisis teórico y táctico, el problema de cómo gestar realmente un orden democrático. Hemos tendido a ignorar lo concreto del problema por dos razones: debido a nuestro supuesto, rastreable hasta la idea de progreso, de que ya hemos recorrido mucho camino, y debido a nuestro desarrollo de lenguajes para la descripción política que dejan fuera la mayor parte de los hombres.

Aquellos que no encuentran a las relaciones sociales capitalistas intrínsecamente empobrecedoras de la especie humana piensan, como dijimos, que puede preverse un adecuado mejoramiento a través de los mecanismos establecidos de la cultura política recibida. Así, pueden discutir si el Partido Demócrata o el Republicano es el mecanismo adecuado de la reforma social, satisfaciéndose a sí mismos con la convicción de que la confrontación resultante es la "política". Entretanto, la dominación corporativa de ambos partidos principales y el proceso político mismo puede ser construido como pluralismo. La forma corporativa de la política exterior puede ser justificada como una defensa de la libertad. La dominación corporativa del rango de la discusión política permisible puede ser entendida como "balanceada" por la opinión pública, aunque nunca se explica cómo la opinión pública alcanza autonomía a partir de la cultura política corporativa del entorno. En aquellas muchas ocasiones en que no se logra un adecuado "balance", puede invocarse la psicología moderna sobre comportamiento de las masas o pueden levantarse quejas respecto de "nuestra generación". La invasión de las corporaciones a las universidades y a las disciplinas científicas y sociales puede ser explicada como beneficiosa filantropía, o dejada de lado como un tema demasiado complejo para someterlo al análisis popular. La conformación corporativa de los marcos de referencia en los cuales operan los periodistas se estima minimizada por las garantías constitucionales de la primera enmienda, en tanto cronistas sensibles reprimen su pensamiento debido a que la prensa libre para la cual trabajan no es dominada por las corporaciones, sino que es ella misma una corporación.

Todos aquellos no persuadidos por quienes hacen la apología del pluralismo tienen la concepción opuesta de que la actividad política es un tipo de lucha de clases abstractamente definida. Para esa tarea histórica pueden ser reclutados participantes aprobados -naturalmente obreros industriales, y concebiblemente trabajadores agrícolas sin tierras-, en tanto hay que preservarse de los participantes no aprobados -la burguesía, los obreros reformistas y los empresarios agrarios-. A uno se le pide que comprenda que un partido elitista de vanguardia, sujeto a purgas intermitentes, será el guardián. El stalinismo puede así ser visto como una aberración transitoria. La policía secreta y las prisiones políticas, reconocidamente no tan transitorias, pueden ser manejadas más fácilmente mediante reveladores análisis de algunas de las actividades de la CIA. La destrucción del arte y de la literatura y el aplastamiento de las libertades civiles pueden ser comprendidas como un exceso de un gobierno progresista que se ve históricamente obligado.

Yo sugeriría que la historia de la era industrial, en sus doscientos años de duración, apoya bastante nítidamente

la conclusión de que aunque podamos imaginarnos relaciones sociales democráticas, nos hallamos desconcertados ante la tarea de encontrar formas concretas para ir desde donde estamos hasta donde queremos estar. Las principales teorías burguesas y marxistas perduran esencialmente como artículos de fe religiosa, para ayudarnos a superar nuestro desconcierto. Las contradicciones que las permean se superarían para todos viendo si las masas populares resultan vitales para alguna de ellas, pero en carne y hueso y no abstractamente. Los hábitos retóricos, largamente enraizados, han obscurecido las características antidemocráticas de ambas tradiciones.

Retomemos, entonces, la pregunta acerca de lo que hay que hacer. Y reconozcamos en principio que ése fue específicamente el interrogante de Lenin, abordado en una obra titulada con bastante justeza *Qué hacer*. Desde aquel momento estamos viviendo con esa respuesta, pues la fórmula de la vanguardia, tanto para quienes la aprueban como para quienes la condenan y se aterran de ella, ha ganado mucho espacio en la imaginación. En realidad, tanto es así que la gente del siglo XX, en un sentido decisivo, se ha visto obligada a participar en lo que puede ser considerado un enfoque leninista de la política y de la sociedad. En ese sentido, los arquitectos del orden capitalista y del socialista se las han arreglado para crear un paradigma leninista a nivel mundial, y ahora discuten entre sí dentro de ese esquema. La característica elemental de ese enfoque compartido es la impaciencia respecto del desempeño de las masas, lo cual constituye una condición absoluta para realizar la justificación intelectual de un gobierno llevado a cabo por los expertos.

El punto de partida de la teoría democrática nos lleva a la relación entre fines y medios: resulta irrazonable pensar que un régimen revolucionario en el poder se comporte de maneras más democráticas que la teoría de la política y que las relaciones sociales generadas dentro del movimiento de insurgencia que llevó a ese régimen al poder. Los elementos autoritarios que surgen en las instituciones rectoras de un régimen son las formas potenciadas de componentes presentes en el movimiento revolucionario previo que creó el régimen. No conozco excepciones a esta relación causal en la historia humana.

Las implicaciones de esta premisa son importantes. Al excluir la población de la toma de decisiones, el enfoque leninista se revela como inherentemente autoritario en su misma formulación. Por razones que tienen que ver con la vinculación histórica entre capitalismo y liberalismo, las formaciones de élite del capitalismo han debido funcionar bajo reglas fundamentales nominalmente democráticas. Consiguientemente, la jerarquía corporativa se halla impulsada por intereses propios a despolitizar al electorado, a bloquear su acceso a la toma de decisiones, a cooptar el sistema partidario, a explotar y a debilitar el sistema parlamentario y, finalmente, a respaldar la creación y la sanción de normas culturales que legitimen los procedimientos implantados como "democráticos". Todas estas cosas se han translucido desde hace mucho en Norteamérica.

La única fuerza democrática contrarrestante, frente a la política de la vanguardia o a la política corporativa, es una presencia políticamente democrática en la sociedad, o sea algún tipo de masa ciudadana democrática y potenciada. Tal presencia democrática organizada es, literalmente, la amenaza más fundamental concebible para la dominación continuada de las élites, sean vanguardias o corporaciones. Las pruebas históricas son concluyentes en cuanto a que ambas voluntades, cuando se ven ante los comienzos evidentes de una presencia democrática autónoma, se movilizan rápidamente para destruirla, dividirla, comprarla, o tratar de alguna manera de lograr control eficaz sobre ella.

Para que se materialicen relaciones sociales democráticas -o sea para materializar entre los seres humanos algo más que una abstracción teórica-, esas relaciones deben gestarse primero en un grupo de gente asociada. Ese "movimiento" incipiente debe convertirse en un movimiento de masas, hasta el punto en que finalmente alcance el poder del Estado. Las relaciones sociales democráticas internas deben ser mantenidas en el proceso, deben existir concretamente como una forma cultural que se difunde a medida que el movimiento se expande. Esta es, entonces, la circunferencia relevante de la política moderna.

Debe señalarse desde el primer momento que la creación de movimientos democráticos masivos, como requisito esencial para gestar sociedades democráticas, no fue una preocupación marxista, ni leninista, ni tampoco estuvo entre los intereses de los economistas clásicos. El asunto no fue central para los políticos de la Revolución Norteamericana, aunque personas como Daniel Shays, en Massachusetts, y los *Regulators* en North Carolina, actuaron como si pensaran que lo era. Igualmente, ninguna teoría de la construcción de un movimiento democrático de masas fue subyacente a la Revolución Francesa, a las fracasadas revoluciones burguesas de 1848 en Europa, o a la construcción de las importantes instituciones laborales que posteriormente se materializaron en Europa y en los Estados Unidos. Existieron individuos, o inclusive grupos de individuos, que participaron en un conjunto de esos momentos históricos y que alimentaban intenciones democráticas altamente relevantes, pero los movimientos en sí mismos derivaban de otros principios de organización y funcionamiento. Algunos de ellos contenían elementos de base popular, a veces elementos sustanciales, pero ellos simplemente no fueron conceptuados como estructuras democráticas masivas y no funcionaron como tales.

La herencia respecto de la construcción de movimientos democráticos es bastante escasa.

La tarea inicial de persuasión consiste, por lo tanto, en el logro del acuerdo respecto de que la única forma relevante de política democrática es crear y mantener estructuras democráticas masivas que puedan traer una auténtica presencia democrática capaz de oponerse a la herencia política jerárquica.

Tan preliminar es nuestra captación de lo que sería la construcción de un movimiento democrático de masas que tenemos muy poco conocimiento experimental para enfrentar una multitud de cuestiones prácticas. ¿Qué es un movimiento democrático, cómo se lo construye, cómo se lo preserva contra sus múltiples oponentes y, sobre todo, como se hace para mantener su impulso igualitario cuando se lucha para gestar una auténtica cultura democrática?

Si una cosa está clara después de dos siglos de política industrial, es que los movimientos democráticos masivos se dan sólo cuando son elaborados instrumentos específicos de reclutamiento. Las etapas de desarrollo, tanto respecto de la cantidad de miembros como del nivel de conciencia política que ellos alcancen, se cumplen lentamente, por lo cual la construcción de movimientos democráticos requiere paciencia antes que nada.

Aquí llegamos a un punto fundamental de la teoría democrática. Los seres humanos organizados en un movimiento democrático, y esforzándose cooperativamente para oponerse a una o más características injustas del orden jerárquico recibido, descubren en la lucha que sobreviene una cantidad de rasgos de dominación en ese orden jerárquico que antes no habían captado. Ese descubrimiento es una experiencia colectiva de los participantes del movimiento, un esclarecimiento compartido de la conciencia política que, al colocarlos aparte de los ciudadanos no insertos en el movimiento y pertenecientes al conjunto de la sociedad, altera (por un mejoramiento emocional) las relaciones sociales dentro del movimiento. Esto implica meramente decir que perciben más claramente su relación colectiva (y ahora abiertamente política) respecto del orden social existente que los limita.

Lo que estoy describiendo es una agregación pública de cierto tipo de energía humana positiva, un desarrollo que fomenta la esperanza individual y facilita el esfuerzo colectivo. Esa percepción compartida entre mucha gente de la posibilidad social, producto de una experiencia común en un esfuerzo voluntario y cooperativo, puede ser caracterizada como la forma en que estamos cuando es nuestro mejor momento, cuando tenemos esperanza, cuando hemos alcanzado un umbral de autoestima y visualizamos que la podemos fortalecer. Se trata de un sentimiento de posibilidad que se da cuando la gente se ha visto alentada por su propia experiencia inicial en el esfuerzo colectivo, por haber corroborado y ampliado el conocimiento de que uno no está sólo, que muchos otros comparten el mismo sentimiento transformador de la posibilidad política. En tales momentos de la historia humana, las cosas pueden suceder. Nos estamos refiriendo aquí a la potenciación del movimiento democrático de masas. Específicamente, nos estamos refiriendo a algunos componentes de la transformación cultural y a algunos de los requisitos previos al logro de un entorno social democrático.

Existen otras etapas en la evolución secuencial de la cultura de un movimiento democrático, así como gradaciones de sentimentalismo y/o de *Realpolitik* en cada etapa, pero se requiere una definición más precisa de los componentes del desarrollo mismo. El proceso de construir una democracia quizás pueda ser más fácilmente transmitido recurriendo a una metáfora. Empero, resulta difícil formular una adecuada. En un sentido, el proceso puede ser asimilado a una escalera muy alta que debe ser construida por quienes intentan subir por ella. Los escalones pueden ser concebidos simbólicamente como niveles secuenciales de conciencia popular respecto de "lo que debe hacerse". La escalera no está prefabricada; los escalones no se hallan en el lugar al comienzo de la construcción. Si se trata de un proyecto de construcción democrática, los escalones deben ser logrados por los carpinteros. Las funciones de los mismos deben ser comprendidas y es la gente que intenta usarlos la que debe colocarlos en su lugar. Dejando las abstracciones "científicas" a un lado, la "conciencia" es algo que en los seres humanos se desarrolla un paso por vez. Por consiguiente el ascenso por la escalera debe hacerse un paso por vez, pacientemente. Uno no puede construir lo que no puede imaginar.

Los movimientos pueden fracasar porque sus organizadores pretenden demasiado de ellos demasiado pronto, como sucede cuando teóricos altamente conscientes, colocados -digamos- en el escalón 25 de la conciencia respecto de la cultura autoritaria del mundo moderno, le piden a la gente del movimiento, ubicada en torno del escalón 10, que pase inmediatamente al escalón 26. Los teóricos de la "vanguardia" tienen la costumbre de hacer esto. En verdad, el error está incorporado en la propia teoría de la vanguardia. Los saltos hacia adelante -y especialmente los "grandes saltos hacia delante"- son casi siempre fatales. Si los mismos voceros del movimiento no dan un mal paso y no caen por tierra, la mayoría de los miembros comunes lo hacen. Llegar a esta conclusión no significa ser desdeñoso con la gente, sino más bien comprometerse con una aceptación democrática de la integridad de gente expoliada por estar donde está. Eso es la paciencia democrática.

Los movimientos también pueden fracasar porque sus dirigentes deciden -a fin de concertar una huelga o de vencer en la próxima elección- pedirles a los miembros que descendan respecto de niveles ya alcanzados. El sistema político norteamericano habitualmente funciona de esa manera. Esos retrocesos respecto de niveles alcanzados sólo arduamente son casi siempre destructivos de la moral de la gente, y la moral es un componente

absolutamente esencial de la energía social que alimenta los movimientos democráticos (o sea voluntarios).

Parecería que estos requerimientos diversos son evidentemente injustos. Los movimientos no deben desarrollarse ni demasiado rápidamente ni demasiado lentamente; sus dirigentes elegidos no deben ni conducirlo demasiado celosamente ni detenerse nunca a descansar, y la colocación y fijación de los escalones debe hacerse con constancia y sin pausa, a fin de que la masa venidera de carpinteros no deje de crecer en cuanto a conciencia política, más allá del nivel prevaleciente de conciencia social que traían originariamente. Para decir lo menos, este desempeño, con una constancia de letanía, exige mucho de los simples mortales, de los teóricos, de los estrategas, de quienes se ocupan de aspectos tácticos y de la humanidad en general. ¡Por cierto que mucho! Más simple es concebir un partido de vanguardia o una mano invisible que guía un mercado racional.

Precisamente la dificultad de la tarea contribuye a explicar por qué no se ha dado aún en la historia. Viendo las cosas más de cerca, la metáfora de la escalera, si bien proporciona cierta claridad respecto de la dinámica secuencial de la construcción social de la democracia, es demasiado mecanicista como para transmitir la calidad experimental de la construcción de movimientos de masa tales y de la conciencia política como un aspecto de la inteligencia humana. En términos más prácticos, estamos refiriéndonos aquí a la percepción humana de la posibilidad social, y distinguiéndola de las percepciones simples de la justicia. Condiciones sociales injustas han existido a lo largo de la historia y las masas populares han sido muy conscientes de su papel de víctimas; en verdad, lo han sido en una medida que sólo las élites más perspicaces lo han sospechado alguna vez. Pero la "conciencia" es una condición pasiva, necesaria como algo previo a la actividad democrática, pero no inherentemente activa. En consecuencia, la gente sometida ha sufrido silenciosamente a lo largo de la historia, o resignadamente, o rencorosamente, o quizás en forma diferenciada, o quizás cínicamente, así cualquiera fuese el estilo, en un estado de aceptación política más que de rebeldía activa. Los regímenes establecidos invirtieron mucha energía en fomentar esa pasividad, formando a las capas más bajas en el acatamiento, intimidándolas con la policía y las cárceles y, lo más eficaz de todo, creando normas culturales que vuelven difícil para la ciudadanía imaginar una experiencia democrática de masas.

Siendo así, ¿cómo resulta posible superar esta multiplicidad de formas sociales heredadas? Para comenzar el proceso el primer requerimiento es alcanzar cierto grado de autorespeto individual: la simple capacidad de decir "no" a una o más formas de la cultura recibida y a proponer una opción. Los individuos que logran esta capacidad no sólo son quienes inician los movimientos políticos, sino que evidentemente son los únicos que pueden hacerlo. A lo largo de la historia, su problema compartido ha sido el del reclutamiento. Su tarea exige que hallen la forma de insuflar esperanza donde existe hastío, de generar autorespeto donde reina el acatamiento, de estimular la acción consciente donde prevalece la resignación. Los problemas de reclutamiento, tanto prácticos como teóricos, son enormes. Basta para nuestros propósitos señalar que el tema en su conjunto ha recibido mucho menos atención de lo que se supone y, como consecuencia, sabemos acerca de él mucho menos de lo que pensamos. Un conjunto de supuestos bastante simplistas encubren nuestra ignorancia o nuestra fe. Se supone que la gente se rebela "cuando las épocas son duras", y los funcionarios de la vanguardia, terriblemente aislados, se consuelan mediante la creencia de que su momento llegará cuando la gente "se levante". Lo que la bibliografía especulativa nos ofrece sobre el tema está cribado por tautologías cuasi religiosas de este tipo. Desgraciadamente, los tiempos han sido rutinariamente "duros" para la mayor parte de los seres humanos durante siglos, pero esta circunstancia ha sido insuficiente en sí misma para generar esfuerzos masivos en pro del cambio social.

Quizás la falsa interpretación más duradera entre los activistas intelectuales es que no puede esperarse que la gente actúe "inteligentemente" hasta que no haya alcanzado un nivel adecuado de "conciencia ideológica". Según esta prescripción, la "organización" política es concebida esencialmente como una cuestión de educación tutorial. "Las masas", o al menos los sectores con educación elemental, pueden ser inducidas a leer obras aprobadas. Para los más enfervorizados, la "propaganda de los hechos" ofrece a los activistas un medio de enseñanza a través de actos públicos espectaculares de manifestación o terrorismo. Se presume que tales esfuerzos ayudan a gestar en la gente que los observa el nivel de conciencia que luego, y sólo luego, permite que comience la "verdadera organización de masas".

Como aspecto de la ciencia política, el "reclutamiento" llega hasta nosotros en nuestra época como un tema que está imbuido con las cualidades esenciales de la preñez: la ciudadanía está o no en condiciones de ser fertilizada, y la genuina vida política comienza sólo después de que un embrión ha visto conscientemente, muy conscientemente, la luz del día. Dado que la mayor parte de la gente no la ha visto, no hay esperanzas para los movimientos, o en el mejor de los casos casi no hay esperanzas. Nuestra inclinación a ver la sociedad humana de esta manera explica en parte la difundida resignación política que es una característica tan notable de la vida contemporánea en Norteamérica.

Evidentemente el reclutamiento masivo para la democracia no es una tarea fácil, pero no está más allá de las posibilidades humanas. Por el contrario, las pruebas históricas que tenemos nos indican que los movimientos comienzan cuando activistas no resignados y dotados de autoestima hallan la forma de conectarse con la gente

tal como ella es en la sociedad, es decir en un estado que los rebuscados observadores modernos tienden a considerar correspondiente a una “conciencia inadecuada”.

Dado que la humanidad está rutinariamente en un estado de anhelo político, y por lo tanto en un estado de incipiente rebeldía, los seres humanos siempre están iniciando movimientos locales de uno u otro tipo. Pero como funcionan necesariamente bajo las restricciones diversas que he mencionado, necesitan algún tipo de éxito institucional al comienzo. Si no lo alcanzan, como ocurre con la mayoría, desaparecen. En términos históricos, la mayor parte de los movimientos incipientes se derrumban en esa oscuridad de los inicios, haciendo que las generaciones siguientes de observadores no tengan conciencia siquiera de que han existido.

Existen tres momentos importantes de la construcción del movimiento democrático en la historia de los Estados Unidos, los cuales proporcionan una guía concreta acerca del proceso mismo. Ellos corresponden a la “*Regulation*” de Massachusetts durante la Revolución Norteamericana, a la movilización rural populista de las décadas de 1880 y 1890, y a las huelgas de brazos caídos de la década del 30 que condujeron a la organización parcial de la clase obrera industrial. Examinemos el primero de ellos brevemente. Los otros dos pueden ser considerados suscintamente como una unidad, ya que tienen características comunes. Ambos fueron una experiencia colectiva de búsqueda que fortaleció la conciencia de los participantes en ellos. En el caso de los populistas, el reclutamiento masivo fue hecho posible por el desarrollo de un plan cooperativo de compras y comercialización. Agricultores no politizados fueron reclutados para la institución básica del movimiento --la National Farmers Alliance- porque ellos querían participar en la organización cooperativa. La *experiencia* posterior de estos agricultores, al trabajar para hacer que sus cooperativas operaran frente a la oposición de implacables banqueros, el ferrocarril y los comerciantes, tuvo sobre ellos un impacto político transformador. Aprendieron a percibir los elementos coercitivos del intercambio comercial presentes en el sistema corporativo que surgía. Esta comprensión en sí misma no asegura la rebeldía política -la alianza no estaba estructuralmente orientada a la insurrección política-, pero la experiencia llevó a los agricultores a un nivel de conciencia que facilitó la creación de una nueva institución política democrática, el People’s Party. La “Agrarian Revolt” en los Estados Unidos fue un proceso secuencial que comenzó cuando gente común, con sus creencias políticas tradicionales intactas, fue reclutada para participar en un esfuerzo colectivo. El éxito posterior de sus cooperativas contribuyó a gestar una autoconfianza colectiva que superó pautas heredadas de resignación y acatamiento. Luego de alcanzado ese estadio muchas cosas fueron posibles.

En cambio, los intentos de organizar la fuerza de trabajo urbana se sucedieron durante el medio siglo que siguió a la industrialización de los Estados Unidos. Los obreros una y otra vez se organizaron para constituir sindicatos, pero continuamente perdían las huelgas de reconocimiento fundamentales que les hubiesen asegurado una protección institucional para realizar sus esfuerzos colectivos. El problema era táctico, a saber, la capacidad de los directivos de las corporaciones, apoyados por intervenciones judiciales, la Guardia Nacional y los Pinkertons para inmovilizar los grupos de huelguistas y contratar rompehuelgas. Posteriormente no pudo hacerse mucho para incrementar la conciencia política de los trabajadores, en la medida que no tenían un foro institucional propio. La historia de la organización de la huelga de brazos caídos en la inmensa planta de la General Motors en Flint, Michigan, en 1936 -historia demasiado compleja para relatar aquí-, es, como la experiencia populista, algo basado en el logro de niveles secuenciales de un desarrollo organizativo y paralelamente de un desarrollo correspondiente de la conciencia de los participantes. Aquí también la dinámica del desarrollo político democrático describe un proceso secuencial de construcción del movimiento.

Con esta perspectiva como guía, echemos una mirada desde más cerca al tercero de estos movimientos, La “*Regulation*” de Massachusetts, primero en el tiempo. Este movimiento se produjo en un momento fundante de la nación, cuando el *ethos* de la política norteamericana estaba siendo conformado, durante la lucha revolucionaria. Una advertencia: considerar la “historia” o la “política” a través de la mirilla de la construcción social de la democracia modifica todo lo que uno ve; altera nuestra comprensión del esfuerzo por la democracia en la historia humana. Entre otros, los Padres Fundadores no aparecen de la misma manera.

Adoptando la perspectiva democrática, miremos el momento formativo de la naciente república, cuando estalla la “*Shay’s Rebellion*”.

Podríamos empezar entrenando nuestros lentes democráticos con ese símbolo del entusiasmo revolucionario, Samuel Adams. Para un gobernador monárquico como Thomas Hutchinson, Sam Adams aparecía en los inicios de la Revolución como un insufrible “incendiario”, que embarcaba manipuladoramente a “la fracción más baja del pueblo” en un “alboroto” político. Las cosas habían alcanzado tal estado que la gente común ya no respetaba más a sus superiores en las calles de Boston. “Esto es más de lo que puedo soportar”, afirmó el ultrajado y deprimido Hutchinson. Cuando las revoluciones son exitosas, la dimensión de agitadores oficiosos como Samuel Adams se agranda considerablemente; después de la guerra, se convirtió en uno de aquellos adulados por el nuevo Commonwealth democrático de Massachusetts. La nueva aristocracia comercial que tomó el control efectivo de los asuntos públicos hizo lo propio y, bastante rápidamente por tratarse de un incendiario, Adams se volvió alguien profundamente preocupado por lo que él denominó “la dignidad del gobierno”.

Examinemos el nuevo entorno en el que se movió Samuel Adams. Los comerciantes de origen noble se enriquecieron, a través del sistema monetario e impositivo que crearon, altamente explotador y en su propio beneficio, arrojando rápidamente a grandes sectores de la población agrícola del estado a una situación de endeudamiento y quiebra. Los comerciantes de ultramar, quienes se había cuidado de convertirse en los tenedores de prácticamente todos los bonos de guerra existentes, masivamente depreciados, quisieron que ese "papel continental", casi sin valor, fuese rescatado a la par. Pusieron en práctica un sistema financiero combinado de altas tasas y dinero escaso que aplastó la economía agrícola, abrió promisorias oportunidades para la especulación con tierras y les proporcionó ganancias inusuales. La carga impositiva, pagable sólo en especies, era altamente regresiva; golpeaba pesadamente a los agricultores y en muy pequeña medida a los tenedores de acciones y bonos. Explotaciones hipotecadas, que se remataban públicamente para saldar impuestos fueron pronto puestas a disposición de especuladores por un precio que iba de un tercio a un décimo de su valor. Los instrumentos principales de la puesta en vigencia del nuevo sistema financiero fueron jueces que colaboraron hipotecando los campos y enviando agricultores a la cárcel por lo que hoy serían consideradas deudas insignificantes. En realidad, siendo la moneda tan escasa que prácticamente había desaparecido de la circulación en los distritos rurales, las acciones judiciales por deudas alcanzaron proporciones asombrosas. En algunos condados rurales, contingentes de agricultores que a veces llegaban a las 800 personas eran llevados ante los jueces, representando la mayoría de los jefes de familia de la población agrícola. A lo largo del período de vigencia del sistema, los comerciantes retuvieron sus bonos de guerra en previsión de generosas ganancias.

Resulta innecesario decir que las relaciones de poder económico surgidas, en su dimensión más plena, poco tenían que ver con la perspectiva sobre la nueva democracia que la mayoría de los agricultores había anticipado cuando se unía a los ejércitos revolucionarios. Algunos deudores extrajeron las vinculaciones económicas e indignadamente señalaron que las opresiones del Commonwealth mercantil recién implantado excedían por lejos las de la superada colonia.

Comencemos pues, con una impresionante paciencia democrática, a considerar las circunstancias, la escalada de acciones políticas agrarias que apuntaron a los comerciantes y a sus aliados judiciales y que fueron conocidas como la *Regulation*. La organización democrática de masas comenzó en el interior. A medida que los archivos se llenaban de juicios por deudas e hipotecas ejecutadas, multitudes de agricultores cooperativizados, sosteniendo agendas acordadas de acción política, comenzaron a asistir a las sesiones de la corte; su presencia masiva capturó la atención de los jueces y volvió considerablemente más lenta la maquinaria legal. Entretanto, en reuniones masivas los agricultores organizados no sólo condenaron los procedimientos impositivos y monetarios, sino que propusieron una reestructuración democrática global de ambos. Cuando la legislatura continuó poniendo obstáculos, el coro de disidentes se volvió más grave, se expandió la red organizativa y de comunicaciones y el movimiento creció. En el proceso, aparentemente los agricultores de Massachusetts llegaron a estar notablemente bien informados. Ellos crearon su propia red de comunicaciones, siendo capaces de ver a través de muchos consejos no solicitados provenientes de la prensa comercial de Massachusetts, y de ignorarlos. Tomemos nota de esto: la gente había construido sus propias fuentes autónomas de información y estaba actuando políticamente sobre la base de sus propias conclusiones. Como es evidente de suyo, el componente central de una sociedad democrática había aparecido en la nueva nación.

Intentemos ahora ubicar a Samuel Adams dentro de esta dinámica expansiva de una cultura democrática en desarrollo. Su respuesta ante el surgimiento de una energía popular entre los habitantes de Massachusetts reveló la transformación de su enfoque prerrevolucionario, a impulsos de sus vinculaciones con el mundo comercial de Boston. Para Adams, los agricultores de la *Regulation* "se veían a sí mismos como equiparables a la legislatura, si no mejores que ella". Pero cuando este juicio fracasó en disciplinar a los presuntuosos agricultores, Adams llegó a una conclusión que implica una sutil distinción democrática: "En una monarquía puede admitirse que el crimen de traición sea perdonado, o castigado benignamente, pero el hombre que audazmente se rebela contra las leyes de la república debe sufrir la muerte". Samuel Adams fue un revolucionario, pero resulta claro que él sólo tenía una comprensión trunca de lo que es una sociedad democrática y de la manera de alcanzarla.

La *Regulation* había llevado a una revisión democrática las propias reglas económicas fundamentales de la nueva sociedad. Estaba en cuestión la amplitud de los modos permisibles de hacer fortuna, o sea, el problema de las prerrogativas de las Cites comerciales para atar la política impositiva y las autoridades monetarias a propósito privados, de explotación y manifiestamente no democráticos. Una democracia demasiado popular evidentemente limitaba los intentos inspirados en los comerciantes de sancionar estas nuevas medidas.

Dados los intereses implicados, resulta comprensible que la legislatura de Massachusetts, pese a la enorme presión popular, haya tenido que rechazar las propuestas de los *Regulators* en torno de una reforma monetaria e impositiva.

Hacia fines de 1786, los agricultores organizados enfrentaron opciones críticas. Tal como visualizaban el panorama, habiendo sido impedida una reparación democrática, podían dispersarse o movilizar un alzamiento. Dado que lo que estaba en juego era fundamental para ellos, ya que se trataba de sus casas y medios de vida, no

asombra que hayan elegido la segunda opción. Reorganizaron el movimiento en regimientos y se lanzaron a la conquista del estado. Empero, fracasó su ataque a la armería de Springfield para obtener las armas necesarias, y el movimiento fue inmediatamente aplastado.

Una cantidad impresionante de agricultores de Massachusetts fue enviada a prisión por deudas. Habiendo sido implantadas y consolidadas las nuevas relaciones financieras, rápidamente se dio en Massachusetts lo que en una terminología posterior sería llamado "un reajuste sustancial de capital". Un grupo de comerciantes y de banqueros se volvió más rico a expensas de que una cantidad mucho mayor de agricultores se volviera más pobre.

La dinámica del mercantilismo inglés había dejado de conformar la economía del estado; había comenzado la dinámica del capitalismo norteamericano. Cierta tipo de concepción del mundo, de las relaciones políticas y sociales, había hallado un espacio institucional. Se trataba de un marco innegablemente nuevo y contrario al rey, pero no era democrático.

En realidad, resulta lastimoso y degradante conocer la humillación pública que le fue exigida a Daniel Shays y a su seguidor, Eli Parsons, como precio del perdón oficial que les permitiera regresar de su exilio en Canadá. Fueron exhortados a afirmar, haciéndolo explícito en su petición, que "nunca habían dejado de recordar y de lamentarse por no haber confiado en el auxilio de la sabiduría y de la integridad de los gobernantes". Shays finalmente obtuvo el perdón, pero ni él ni el resto de los agricultores obtuvo nunca el "auxilio". En verdad, por último se reunió a muchos de sus compañeros agricultores en la prisión de deudores.

Por su parte, Samuel Adams, habiendo establecido su utilidad y credibilidad en el seno de la nueva y agresiva jerarquía comercial de Massachusetts, siguió adelante hasta convertirse en gobernador del Commonwealth. Allí, él gobernó sobre las relaciones sociales recientemente establecidas de la ciudadanía, y no hizo nada ulterior como para recuperar sus credenciales de antes de la guerra. Con ello se ganó un lugar seguro en la historia junto a su camarada algo menos adaptable, Thomas Paine, en el panteón de los demócratas radicales, entre los Padres Fundadores.

Un siglo después de la Regulation, circunstancias similares (el dominio del sistema monetario por parte de tenedores de acciones) iba a producir un objetivo comercial similar (la obtención de ganancias excesivas sobre valores depreciados de la Guerra Civil) que, a su vez, generarían una política financiera similar (una moneda restringida artificialmente) y resultados sociales similares: la pauperización de la población agrícola y la bonanza financiera de los accionistas. La misma dinámica que inspiró la Regulation en el siglo XVIII estuvo tras el alzamiento populista del siglo XIX. Los banqueros comerciantes, en el poder antes, durante y después de la Regulation, siguieron en el poder antes, durante y después del Populism. Resulta instructivo observar que un sistema de intercambio inherentemente explotador ha persistido ininterrumpidamente en Norteamérica (refinado en su forma final con la creación en 1913 del Sistema de la Reserva Federal) a lo largo del siglo XX. No obstante, sus víctimas modernas, el pueblo norteamericano, que se ve obligado a comprar casas, automóviles y otros bienes a través de procedimientos crediticios no democráticos y altamente usurarios, ha sido socializado en un ethos tal de acatamiento que ya no cuestiona el asunto, tal como lo hicieron sus predecesores de los siglos XVIII y XIX. Y esto sucede a pesar del hecho de que millones de trabajadores norteamericanos, que podrían gozar de la dignidad de tener sus propias viviendas bajo pautas fundamentales de un sistema democrático monetario y crediticio, son obligados en el sistema prevaleciente a gastar su vida como inquilinos pasajeros. La consecuencia significativa en el largo plazo es que comprensiblemente el pueblo norteamericano no haya captado más las fórmulas financieras que lo atrapan, dado que estas cuestiones no figuran más en la agenda del debate político nacional. Junto con la trayectoria del progreso industrial, el sentimiento democrático popular -- nunca victorioso pero asimismo nunca anulado-- se ha visto socavado lentamente por un ataque constante. Por cierto no se trata de una tendencia irreversible, pero no ayuda en nada pretender que no existe.

La interrelación entre la historia y la cultura política se vuelve clara aquí, pues cultura es el nombre que damos a la conducta basada en la memoria histórica sancionada. Si los agricultores de Massachusetts estuvieran actuando políticamente en función de supuestos democráticos tales como los que tuvieron, y si se hubiesen organizado constituyendo un vital movimiento democrático de la población de Massachusetts, también como el que tuvieron, nuestra visión de ellos, y de Samuel Adams y de la historia nacional en su conjunto, aparecería de pronto profundamente sesgada. Pese a algunas excepciones notables, no puede decirse que la versión académica de la historia norteamericana constituye una literatura democrática. Es un conjunto agregado de textos que clasifica e interpreta dos siglos de gobierno por parte de una élite financiera y comercial y caracteriza al resultado como "gobierno popular". Y como una de las múltiples consecuencias políticas de esta bibliografía histórica, la dimensión plena de la crisis constitucional de la nueva nación y las profundas implicaciones de las cuestiones democráticas que generaron la crisis, resuenan sin ser escuchadas hasta nuestros días. En el momento decisivo de formación de la nueva sociedad, una serie de valores democráticos sufrieron una gravísima derrota.

La consecuencia inmediata fue estructural. Las clases comerciales coloniales estaban tan conmocionadas por la

Regulation, y no sólo por ella sino por los temas de las prerrogativas democráticas y de los privilegios comerciales que llamaba a debatir, que los sucesos de 1786-87 tuvieron un efecto político totalmente galvanizante. Se ampliaron más allá de los comerciantes de Boston y de sus contrapartes de Nueva York y de Pennsylvania, para alcanzar a George Washington, James Madison y los sectores acomodados sureños en general.

Anticipándose a Lenin en ciento veinte años, ellos decidieron, en nombre de su propia concepción de los valores políticos, que la forma de gobierno democrática no era de confiar. Inmediatamente dejaron de lado las diferencias regionales y se movilizaron para reemplazar los artículos de la Confederación por un nuevo código que proporcionara una protección más efectiva contra los excesos de la aspiración popular. Entre las advertencias específicas respecto de que debían evitarse las “*regulations*” populares, disimularon el sentido de los esfuerzos en la nueva constitución federal. Esta fue propuesta para ser ratificada aún cuando los encarcelamientos por deuda y los juicios hipotecarios estuvieran llevándose a cabo. En ese contexto político fue fijada la estructura específica de la política comercial de los Estados Unidos, la cual, no hace falta decirlo, es la que predomina hasta ahora. Al hallar una forma de prohibir la democracia popular, la revolución del siglo XVIII se completó a sí misma. Las personas que se reunieron en Filadelfia y que elaboraron la Constitución se unieron, como Padres Fundadores, a las compatriotas que habían firmado la declaración de la independencia una década antes. En la conciencia inducida de cientos de millones de norteamericanas aún no nacidos en ese momento, ellos serían por igual recordados, en confusa armonía, como “revolucionarios” y “demócratas”.

Aunque los movimientos democráticos, cuando son examinados de cerca, hacen que las jerarquías establecidas se revelen, proporcionan una enseñanza aún más útil acerca de las políticas democráticas como un proceso histórico continuado. Eh este último sentido, los agricultores demócratas de Massachusetts le hablan más directamente al siglo XX que las élites de la década de 1180 que los derrotaron. Simplemente debemos formular las preguntas justas.

¿Cómo los agricultores de Nueva Inglaterra lograron la proeza organizativa de la “*regulation*”, tarea que nos intimida en nuestra época? ¿Y dónde fracasaron, en términos de lo que es la construcción de un movimiento democrático? ¿Qué puede además aprenderse de otras experiencias, por ejemplo de los esfuerzos en favor de la reforma agraria por parte de defensores de los negros, durante la Reconstrucción, en el Sur posterior a la guerra civil; del movimiento populista de la década de 1890; de los socialistas debsianos; de la evolución de la CIO durante las décadas de 1930 y 1940; de las diversas políticas de la década de 1960? No estoy tratando de evocar aquí un pasado místicamente progresista. Estoy sí sugiriendo que no comprendemos estos momentos históricos en términos democráticos porque nos hacemos preguntas equivocadas respecto de ellos y, dada nuestra tendencia moderna a las abstracciones complejas, nos inclinamos a comprenderlos tan rápidamente que apenas nos interrogamos sobre ellos en absoluto. ¿Puede ser que sepamos menos en torno de estos temas centrales de la política democrática que algunos de nuestros predecesores seriamente esforzados y plenos de respeto por sí mismos, pese a que ello vaya en contra de la idea de progreso? En verdad, ¿resulta posible que si consultamos los demócratas fracasados del pasado podamos aprender bastante como para sentirnos menos desarmados frente al monolítico poder de las corporaciones?

¿Acaso ampliando estas analogías históricas hasta el presente podremos criticar provechosamente los esfuerzos incipientes en pro de la construcción contemporánea de movimientos sociales en los Estados Unidos? Nombremos algunos: los extendidos movimientos cooperativos de nivel local actualmente cuentan con más de un millón de miembros; el movimiento barrial de “acción ciudadana”, que se difundió rápidamente y que actualmente tiene presencia en todos los estados, el cual ha gestado estructuras organizativas a ese nivel e inclusive de alcance regional; las diversas agrupaciones antinucleares y la frágil realidad del Citizens Party en la política nacional. Un análisis de la vida interior de estos esfuerzos múltiples y no coordinados parecería poder brindar un test aplicable respecto de los criterios democráticos que he esbozado: modos de reclutamiento, intentos de largo plazo de incrementar la conciencia política, vigencia o ausencia de relaciones sociales democráticas en el seno de los movimientos y paciencia ideológica. Colectivamente, estos esfuerzos representan la *Realpolitik* democrática desarrollada en la década de 1970 que se materializó fuera de la conciencia sostenida tanto por los medios nacionales como por la comunidad académica. Revelan que esa experimentación intensiva, si bien frágil, de construcción de movimientos sociales está dándose en Norteamérica.

Pero al respecto también tenemos que aprender a formular los interrogantes correctos. Que no nos hallamos demasiado cerca de ello resulta evidente por el nivel de los comentarios que acompañaron la trayectoria inicial del Citizens Party. El nuevo tercer partido fue descalificado durante la campaña por parte de algunos observadores debido a que era, alternadamente, “invisible” o “demasiado radicalizado”, en tanto que otros lo juzgaban desdeñosamente por presentar un programa “minimalista” inadecuado ante la crisis contemporánea.

¿Qué hay que hacer? Un punto de partida necesario parecería ser repensar lo que realmente abarca la política democrática. Al hacerlo, deberemos desarrollar la terminología democrática más allá de la promulgada por Adam Smith, Karl Marx, V. I. Lenin y John Maynard Keynes si es que vamos a darle un significado social

comprensible a claros criterios democráticos. Hecho esto, deberemos experimentar respecto de la construcción de movimientos democráticos y generar alguna experiencia práctica que responda a los difíciles problemas sobre el reclutamiento que hasta ahora nos han hecho fracasar.

Los problemas del reclutamiento para la democracia son más numerosos que los que hemos sido alentados a imaginar: ¿cuán restringida puede ser una convocatoria antes de que se vuelva críticamente restringida, operando en contra de llegar a un amplio espectro democrático? ¿cuán amplia puede ser antes de resultar tan absoluta que se deslice irrecuperablemente más allá de los supuestos culturales prevalecientes? En los Estados Unidos de hoy, la primera pregunta puede formularse respecto del movimiento antinuclear; la segunda, respecto de aquellos que desean ritualmente defender la propiedad social de los medios de producción. De todas maneras, plantear la cuestión no implica una respuesta negativa, sino insistir simplemente en que resulta esencial –en el contexto explícito de la construcción de movimientos sociales– si es que queremos elevar por encima de los niveles primitivos actuales el discurso contemporáneo sobre la política democrática.

En el núcleo de la cuestión de la democracia hay interrogantes difíciles. Yo sugeriría que las respuestas factibles dependen de la adopción, desde un comienzo, de una premisa teórica específica: nuestros máximos en cuanto a procedimientos democráticos deben basarse en la aceptación de la conciencia humana en el estadio en que se halla, o sea en la voluntad de dirigirse a la gente en sociedad tal como ella aparece alrededor de uno. Si bien los conservadores y los radicalizados pueden fácilmente acordar que ese nivel de conciencia ha sido históricamente "inadecuado", los remedios que han surgido de ambas tradiciones han tenido el efecto de impedir el desarrollo de la democracia. La solución conservadora, el gobierno a manos de una élite comercial, más o menos esclarecida, es antidemocrática en sus mismas premisas, así como lo es la formulación leninista de una élite ideológica. Otra tradición, que podría describirse sin demasiada precisión como correspondiente a la democracia social, ha descansado sobre todo en el potencial transformador de las clases obreras empobrecidas. Empero, después de todo el holocausto del siglo XX, debería resultar ya evidente que cualquiera sea el potencial transformador asignado a la clase obrera, no podemos conceptuar "la cuestión social" en términos de deshumanizados "otros" que pueden ser tratados como abstracciones históricamente dotadas con las que se cuenta para actuar políticamente en formas preconcebidas y heroicas. Las tragedias que experimentan diariamente los trabajadores en los Estados Unidos y en todo el mundo continúan constituyendo, como lo han sido por generaciones, una prioridad política y social de primera magnitud, pero la mayoría de las abstracciones acerca de "la clase obrera", incluidas las manejadas habitualmente en muchos círculos profesionales, pueden ser caracterizadas como algo que va desde la condescendencia complaciente y endurecida hasta expresiones de apasionada creencia religiosa. Otorgando todas las excepciones, lo que tienen en común la mayoría de estas descripciones generalizadas y diversas es la distancia respecto del pueblo trabajador.

Luego de dos siglos de una reflexión desesperada sobre nuestra común situación de "multitud solitaria" en un mundo industrial, debería ser claro para todos que las abstracciones de la política moderna han sido simplemente superadas por los acontecimientos de la historia. El conjunto de la humanidad no puede ser imaginado generosa ni coherentemente a través de ellas.

Comencemos con esta convicción. Cuán lejos lleguemos dependerá de nuestra capacidad para elaborar una terminología democrática y modalidades de discurso lo suficientemente claras y con una dosis de civilidad como para que nos permita escucharnos los unos a los otros.

Lo que sabemos –el contenido intelectual de la sofisticación moderna– es un encubrimiento de la resignación ante un poder centralizado abrumador. La mayor parte de la población del planeta, menos sofisticada que los mandarines comerciales e intelectuales de esta época emborrachada de tecnología, también están menos resignados. Alabamos que así sea.

Traducción de *Organizing democracy: the limits of theory and practice* realizada por Mario R. dos Santos.

La versión original apareció en *Democracy*, vol. 1, núm. 1, 1981. Agradecemos a esa publicación el permiso para reproducirla en castellano.

Notas:

1- Charles Beard, Merrill Jensen y Jackson T. Main se hallan entre los más destacados de tres generaciones de historiadores norteamericanos que han intentado tomar por las astas las implicaciones de la frustrada fe democrática popular del período revolucionario. Beard llegó a describir la Convención Constitucional de 1787 como una contrarrevolución.

Estos estudios, y aquellos de escuelas de interpretación rivales, han cubierto lamentablemente un lapso muy restringido como para iluminar respecto de las fuerzas sociales comprometidas en la lucha o de la dimensión de lo que estaba en juego. La época de enfrentamientos en la cual fueron fijadas las pautas fundamentales del

gobierno de los Estados Unidos se prolongó un cuarto de siglo, habiendo finalizado en 1789. El debate no se dio respecto de los derechos de propiedad en sí mismos, sino más bien sobre la capacidad de las mayorías populares para limitar los esfuerzos de los comerciantes banqueros orientados a establecer, en pro de sus intereses, estructuras antidemocráticas en las políticas monetaria e impositiva. Las múltiples "regulaciones" populares, que primero estallaron en las colonias sureñas, a mediados de la década de 1760, tuvieron punto final con el alzamiento de Massachusetts de 1786-87. Este último puede ser comprendido mejor como el clímax explosivo de una larga lucha, no como la esencia de esa lucha. Tampoco puede ser considerado adecuadamente como un tipo de aberración regional. Desde el comienzo al fin la cuestión era fundamental, puesto que se trataba de la extensión permisible del ejercicio del poder popular.